

"EL ORINOCO ILUSTRADO"

Por: **PADRE JOSE GUMILLA S. J.**

Misionero

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia*

*Número 110, Volumen 30
1976*

De la introducción al libro escrito por el P.C.B. Bayle S.J,
transcribimos el siguiente fragmento:

El autor de El Orinoco pertenece al grupo primero: lo escribió, como se rezuma en todas sus páginas, para suscitar vocaciones a su misión, quizá la más difícil entre las de la compañía. Tuvo la suerte de morir sin pasar el trago amarguísimo de ver arrasada la labor evangelizadora por la maldad de unos ministros y la bobería de un rey.

Fue el Padre José Gumilla, valenciano: nos lo dice él para probar que en el Orinoco nacía arroz silvestre: "Es arroz verdadero; ni en eso puede padecer engaño, porque en el reyno de Valencia, mi Patria, que es en ribera del Júcar, es donde más abunda" (tomo II, capítulo XIX). Su nacimiento lo pone Sommervogel, según papeles de su archivo, en Janovas (Aragón), diócesis de Barbastro. Y lo copia la Enciclopedia Espasa, aunque trasladando a Valencia el lugar. El fiscal del Consejo de Indias don José Bufarrull, en el informe para la segunda edición, le señala por cuna Gandía. Ximeno, en los escritores del Reyno de Valencia (pág. 285), dice tener muy averiguado ser Gumilla nacido en Cárcer (Valencia). y así es la verdad, porque lo asegurara el registro de embarco, facilitando por la Orden, con noticias dadas sin duda, por él propio, cuando pasó a Indias la primera vez: "Hermano José Gumilla, filósofo de primer año, natural de Cárcer", obispado de Orihuela, de dieciocho años, mediano de cuerpo, señales de viruelas, lunar pequeño junto alojó derecho". El viaje fué en 1705. Resulta, por tanto, nacido en 1687 o 1688.

La navegación, siempre aburrida y molesta en aquellas naves, debió de ser peor que lo corriente, porque le tocó una que llegó renqueando, hasta haberla de deshacer no bien arribada a Cartagena; con ese dato apaciguó más tarde a sus neófitos, alborotados con la especie de que el Padre quería tornarse a España: "No, no puedo irme; no tengo canoa para el viaje". Diez años empleó en terminar sus estudios en Santa Fe de Bogotá, y en 1715 entró como misionero; y en esa sagrada misión siguió hasta 1738, fuera de las temporadas que la obediencia lo sacó para rector, provincial y otros cargos del colegio de Tunja, que él enumera al pie de su nombre en la portada del libro, Su corazón estaba con los bárbaros, y no le entibiaron los fervores los repetidos riesgos de muerte en que se vio, cuenta Ximeno que, cuando estuvo en Roma de Procurador, el Padre General, en atención a su salud quebrantada y a sus méritos, le propuso escogiese el colegio que quisiera para descansar: el Padre Gumilla escogió volverse a sus misiones, y en ellas acabó en 1750.

Gumilla misionero fue de lo mejor que ha tenido la Compañía: carácter dulce y tenaz; genio vivo en las ocasiones donde el vacilar era la ruina; valiente en los peligros; incansable en las faenas;

sacrificado en arrostrar la fatiga y el hambre; animoso en las caminatas por el bosque bronco o por los ríos traidores; insensible a las plagas, que con tanto realismo pinta, de mosquitos, garrapatas, niguas, hormigas caribes, culebras y otras cien sabandijas que convierten en purgatorio la vida de la selva; sereno ante los arcos encarados de los indios y ante el rugir de los tigres, Todo ese conjunto le ganó la admiración, respeto y cariño de los bárbaros, El Padre Rivera nos cuenta una manifestación de ese cariño.... a lo bárbaro: venía el Provincial a visitar la misión de los betoyas; y se imaginaron éstos que venía a sacar al Padre; e ingenuamente le solicitaron licencia para salir al camino y flechar al Provincial.



HATO DE YACUANA (META)



RIO META EN EL ATO DE YACUANA

A él se debe el florecimiento de las reducciones de los llanos y el entable de las del Orinoco, que, según carta del Padre General Tirso González, hasta entonces no habían sido sino degolladero de los operarios apostólicos, por los ataques de los caribes: a fuerza de fatigas en las entradas de habilidad en manejar a los bárbaros, de aguante en sufrir sus impertinencias de niños malcriados y de valor en encararse con su furia voltaria, fue sacando del bosque hoy una tribu, mañana otra y

surgieron las reducciones de Santa Teresa, San José, Santísima Trinidad San Joaquín, Guanapalo, Nuestra Señora de los Angeles, San Ignacio. Suyas son casi todas las del Orinoco y bocas del Meta. Los trabajos que consigo llevaba cada nueva fundación los cuenta él en su libro, anónimamente, sin nombrarse, a no ser en las anécdotas, vivísimas, que avaloran su relato. Sus méritos llegaron a Roma, y el entonces Padre General Migue Tamburini, los elogia como singularísimos (carta del 27 de septiembre de 1723) ; y al Consejo de Indias, que propone al Rey le diese las gracias y animase a continuar, (Archivo de Indias, 73-4-25).

Sus habilidades mecánicas y artísticas en favor de los pueblos le pone por las nubes: el Provincial Padre Mimbela escribe: "Servía de carpintero, albañil, alarife, escultor, pintor: jugando con tal arte los instrumentos de cada arte como si hubiera sido ella el único empleo de su vida. Era el primero en las obra y el más infatigable oficial: fabricó puertas y ventanas, adornó el templo con pinturas de su mano ... Entre los betoyes "procuró con todas sus fuerzas fundar una escuela de música, para lo cual escogió a los niños más hábiles y de mejores voces, y les buscó maestro a su costa para que les enseñase; y es para alabar a Dios oír ya en aquel sitio, poco antes habitado solamente de fieras, una concertada música de casi treinta cantores".

Sin escrúpulo de juicio temerario, puede admitirse que ni sus estatuas se parecían a las de Berruguete ni el coro de sus rapaces a la capilla real; pero a los ojos y oídos de los bárbaros serian mayor embeleso que los primores entre los cortesanos.

El misionero es en las reducciones la única cabeza para cuanto suponga discurso: apóstol, maestro de escuela, juez compondor, director de edificios, capataz de las rozas y sementeras, adalid de los viajes, médico y cirujano. Los demás empleos o artes no se conocen ni se necesitan en la selva. El de médico lo ejercitaba el mohán o piache, mitad brujo, mitad pícaro, que vivía y engordaba a costa de la simplicidad ajena. Gumilla lo desterró de sus pueblos, se impuso en la aplicación de hierbas medicinales, que los indios conocen muy bien; discurrió y aplicó otras, y su choza pajiza fue el recurso de heridos y dolientes, y sus páginas son recetario preciso con un tantico de credulidad nimia y un mucho de experiencia segura.

Treinta y seis años llevaba en Indias y veintiséis en misiones cuando le nombraron Procurador en Madrid y Roma; viaje de ida y vuelta, porque es un hecho que los avezados a las fatigas y a los consuelos de las cristiandades primitivas se desganan y aburren entre las cristiandades viejas. Logró el fruto de su venida y el de su libro: en febrero de 1743 se embarcaba en Cádiz con ocho religiosos, vanguardia de los treinta y cuatro que el Rey concedió a las misiones del Nuevo Reino (los documentos sobre esta misión, en el Archivo de Indias, 45-2-6-9).

